



Juana de Arco
Katherine J. Chen

DESTINO

Juana
de Arco

Katherine
J. Chen

Traducción de
Montse Triviño

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1637

Título original: *Joan*

© Katherine J. Chen, 2022

All rights reserved including the right of reproduction in whole or in part in any form.

This edition published by arrangement with Random House, an imprint and division of Penguin Random House LLC

© por la traducción del inglés, Montserrat Triviño, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

© del mapa del interior, Jordi Guxens

Primera edición: febrero de 2024

ISBN: 978-84-233-6474-9

Depósito legal: B. 365-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint By Domingo, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



I

Domrémy, verano de 1422

Su trabajo es recoger piedras. No guijarros, sino rocas pesadas, de bordes y cantos afilados. Mientras los chicos de Domrémy se reúnen en el campo, Juana se encorva hacia el suelo y arranca con sus uñas ennegrecidas proyectiles de la tierra. Sus faldas, cuyas puntas sujeta con los puños apretados, se convierten en un fardo cargado de duros tesoros.

Al escuchar el silbido de su hermano Jacquemin, los demás se acercan a toda prisa: un ejército inseguro que avanza arrastrando los pies y del cual él es capitán porque es el mayor —dieciséis años— y el más alto de todos. De la boca le cuelga un tallo de trigo que se curva en un largo arco, como si fuera uno de los bigotes de un gato. Contempla el sol abrasador de la tarde en un cielo azul claro y, tras estirar una pierna, sacude el pie como si se le hubiera dormido. Por encima de ellos sopla un viento caliente que alborota los mechones de los presentes. En la hierba reina el silencio. Un niño abre la boca para bostezar.

Juana le muestra a Jacquemin su colección y él asiente. Como capitán, es el primero en elegir las piedras. Se queda dos de las más grandes y dirige la mirada hacia el resto de sus hombres. Ella recorre la fila despacio, deli-

beradamente. No distribuye las piedras al azar. Examina cada mano extendida, analizando si es una mano acostumbrada a astillas, cortes y rasguños, a peleas polvorientas en patios y pajares, o si aún no está iniciada en los ritos de las refriegas juveniles y los trabajos duros. ¿Quién quiere darle a un niño una piedra más grande que la palma de su mano, un proyectil que no pueda agarrar con los dedos y lanzar con precisión? Así que les entrega a los amigos de su hermano —muchachos de apenas doce o trece años con los hombros cuadrados— las piedras que considera más adecuadas para ellos: romas y pesadas.

Para el miembro más pequeño de este ejército improvisado, un chico al que solo conoce de vista y de nombre, reserva los mejores proyectiles. Ella tiene diez años y él siete; se está mordiendo las uñas de una mano con cuidado, incluso con una expresión pensativa, mientras deja la otra colgando a un costado del cuerpo. Cuando ella le tiende su premio, no lo coge, así que se ve obligada a agarrarle la mano que no se está mordisqueando y depositar en la palma las dos piedras que le corresponden. En cuanto a las piedras en sí, una es normal y corriente, pero la otra es lisa y estrecha y se agarra con facilidad. A diferencia de las demás, presenta un borde dentado. Antes, al rozar con la mano el filo cuando la recogía, ha sonreído.

—Puede que no den la cara —les dice Jacquemin, que ya se ha aburrido. Lanza una piedra como un malabarista a punto de hacer su número y la atrapa con una pequeña floritura—. Son unos cobardes —añade.

Pero ahora, a su espalda, escuchan una especie de susurro en los límites del claro, un revuelo que a pesar de ser sutil hace que todos salten, y a ella le empieza a latir el pulso en los oídos. El enemigo ha llegado y durante un momento, solo uno, se quedan asombrados ante lo que ven. Es como si se miraran en un espejo: por cada chico del Domrémy francés, ahí está su contraparte —o su gemelo— de Maxey, el pueblo borgoñón —además de ene-

migo jurado— que se encuentra a menos de media hora a pie. Diez contra diez.

Como número once, ella destaca entre todos los demás: una niña con un vestido de lana roja descolorida y una melena de rizos oscuros que le caen por debajo de los hombros.

—Quítate de en medio, Juana —gruñe Jacquemin con los labios apretados.

Juana lo mira con el ceño fruncido antes de dirigirse, a su propio ritmo, hacia el límite del campo de batalla. Se apoya en un árbol, se cruza de brazos y observa la escena. Su hermano no lo sabe, pero Juana se ha guardado tres piedras en el bolsillo. Al mirar hacia abajo, ve una rama gruesa como un garrote a sus pies. Es bueno estar preparado.

Los dos bandos forman un grupo harapiento. Casacas raídas y pantalones zurcidos por madres y hermanas, parches descoloridos que remiendan rodillas y codos, donde la tela se desgasta más fácilmente. Casi le parece oír el gruñido colectivo de los estómagos. Los chicos siempre tienen hambre, aunque sus raciones suelen ser más abundantes, y en casa hay que comer rápido si uno no quiere quedarse sin su parte de pan y potaje. Ella lo sabe muy bien, porque tiene tres hermanos (dos mayores y uno menor). Cuando escasea el alimento, no paran de hablar de lo que comerían si pudieran: los cortes de ternera chorreante de grasa, los filetes humeantes de trucha recién pescada, los banquetes que celebrarían si fueran señores. A veces, cuando están de buen humor, la dejan quedarse cerca para escuchar y a ella se le hace la boca agua, porque su apetito no es menor que el de sus hermanos y, lo mismo que ellos, siempre está hambrienta. Pero, por lo general, la echan, y si no pueden echarla —porque ella, como un muro, no se mueve de su sitio—, entonces dejan de hablar hasta que Juana se cansa del silencio y se marcha por propia voluntad.

Nadie sabe con certeza cómo empezaron estas batallas simuladas ni por qué los hijos del francés Domrémy y del borgoñón Maxey pelean a pedradas cuando sus padres son capaces de mantener una paz tensa. Pero aquí están esos chicos, en el campo. Aquí están, unos frente a otros, limpiándose en la manga los últimos hilos de mocos blancuzcos, con las mejillas rojas no por la rabia, sino por el calor de un día de verano. Aquí están, con la mirada centelleante, el rostro inexpresivo, la mandíbula apretada. Solo unos pocos, piensa Juana, parecen luchadores natos: es fácil distinguirlos por la forma en que miran fijamente al enemigo sin pestañear, por su inmovilidad y su silencio, por la forma en que yerguen la cabeza. Los de Maxey vienen preparados. Sacan las manos del bolsillo y muestran piedras oscuras. Juana se pregunta cuál de sus hermanas los habrá ayudado a buscar piedras y si esos proyectiles escogidos por otra chica, un equivalente borgoñón de sí misma —que quizá también se llame Juana—, serán tan letales como los que ella ha encontrado, aunque cree que no. Ha elegido las mejores piedras para el ejército de su hermano.

¿Cómo empieza una batalla? ¿Qué bando lanzará el primer ataque? ¿O comienza todo a la vez, como cuando los fieles unen las manos en la iglesia para rezar? Esta es una pregunta a la que Juana y su tío Durand Laxart le han dado muchas vueltas durante las numerosas visitas de este. A pesar de ser de baja alcurnia, a pesar de no ser un hombre instruido, su tío es un pensador, un contador de historias, un vagabundo que a sus cuarenta o cincuenta años ha vivido la vida de una docena de hombres. Lo cierto es que nadie sabe con exactitud qué edad tiene. Cuando sonrío o se río y deja a la vista sus dientes intactos —ni astillados ni ennegrecidos ni caídos— no aparenta más de treinta años. Dice que ha sido grumete, cocinero, ayudante de curtidor, jornalero por horas, días o meses en campos y muelles e incluso, afirma, verdugo en el cadalso.

Entonces, ¿cómo empieza una batalla? Le ha contado historias de batallas legendarias que empiezan con una canción. Un grito. Una maldición. Una plegaria. Pero en esta cálida tarde de verano, en una amplia parcela de territorio neutral entre sus dos pueblos, la batalla empieza con una pregunta.

—¿Quién es esa? —inquire el líder de Maxey, señalando en su dirección.

Juana responde antes de que Jacquemin pueda decir nada:

—¿Me estás hablando a mí, escoria borgoñona?

Tal vez sean las piedras que esconde en las faldas las que le infunden valor. O el palo que sabe que tiene a sus pies y que puede coger con la mano en cualquier momento. Jacquemin le lanza una mirada asesina, una mirada que dice: «Vete antes de que le diga a padre que has estado aquí, o te vas a arrepentir», justo cuando el capitán enemigo escupe en el suelo. Escupe con tanta fuerza que no sería de extrañar que uno o dos dientes hubieran acabado también en la hierba. El muchacho está a una distancia considerable y el escupitajo no cae cerca de ella, pero Juana se sobresalta de todos modos. Normalmente la voz de la muchacha es suficiente para intimidar a sus hermanos y hacerlos retroceder. Se acerca más al árbol y se apoya en él.

—¡Perra de Armagnac! —le grita el capitán borgoñón.

En ese momento una piedra vuela por el aire, aunque Juana no sabe de qué bando ha salido y tampoco parece que se dirija a un objetivo concreto. Espera, por el bien del pequeño Guillaume, que no haya desperdiciado su afilado tesoro tan pronto.

Instantes después, las piedras empiezan a volar de un lado a otro, surcando el aire como pájaros furiosos. Cada vez que una piedra golpea un objetivo, ya sea un hombro o un estómago, se oye un aullido de dolor.

Cuando las piedras se agotan, sigue la lucha, aunque ahora se parece más a una batalla campal: cada niño agarra a otro de estatura y peso similares y ruedan los dos por el suelo como un solo cuerpo. Dientes que se clavan en tobillos, pulgares que se hunden en ojos cerrados. Por todas partes, una maraña de miembros desgarrados, una danza tambaleante entre las nubes de polvo que se levantan del suelo. Los chillidos agudos de los más pequeños se mezclan con los gritos de los mayores.

Ella se uniría a la batalla, lo malo es que no sabe por dónde empezar y ya no distingue entre su propio bando y el enemigo. La próxima vez, piensa, no estaría mal que los chicos de Domrémy llevaran algún tipo de distintivo, por ejemplo, un trozo de tela del mismo color en el brazo. O tal vez los borgoñones podrían vestirse de diablos con cuernos. Eso también serviría. Sonríe al pensarlo.

Cuando han llegado, Juana se ha fijado en la oscura franja de árboles que delimitaba el terreno y ha dicho: Mira, Jacquemin, mira hacia arriba. Con esa voz que nunca falla a la hora de provocar un centelleo asesino en los ojos de su padre, le ha dicho a su hermano: Deberías haber empezado a recoger piedras hace semanas. Un capitán analiza con mucha antelación los detalles de la batalla, su fecha, hora y lugar. Podríamos —y se incluye a sí misma en ese plural— haber encontrado las mejores rocas y haberlas puesto en sacos para subirlas, usando cuerdas, a las copas de los árboles. Entonces cada chico podría trepar a una rama oculta y, desde esa posición, tender una emboscada al enemigo en cuanto llegara. Los chicos de Maxey creerían que el cielo, o Dios, les está lanzando piedras. Se mearían encima. Huirían.

Pero su hermano se ha limitado a fulminarla con la mirada. Es un muchacho de pocas palabras. Su padre considera que ese es uno de sus puntos fuertes, pero ella más bien piensa que lo que le pasa a Jacquemin es que es un poco lento.

—Si quieres quedarte... —le ha dicho su hermano, sin terminar la frase.

Luego ha extendido un brazo y ha señalado con desgana el campo. Busca piedras.

Desde la distancia, ve al capitán de Maxey enzarzado en una pelea con Jacquemin, y siente el deseo de extender un largo brazo hasta su hermano para zarandearlo. No han pasado ni cinco minutos y ¡ya necesitas mi ayuda! Pero se agacha. Coge el bastón con la mano derecha. Corre en dirección a la espalda expuesta del enemigo: su cabeza es como un mechón de fuego naranja que capta la luz del sol. Levanta el palo para golpear, pero también para defenderse de cualquiera que intente atacar.

Un grito la detiene.

Aún no ha llegado hasta ellos, pero la rama se le cae de la mano. Se gira y mira fijamente en la dirección de la que proviene el ruido, sin saber al principio qué está mirando. Entonces lo ve: en medio de la batalla se ha hecho un silencio. La quietud le resulta extraña, es como si no perteneciera a este lugar. En un rincón del campo, donde dos chicos deberían estar aún lanzándose puñetazos y patadas, uno de ellos se ha apartado. El otro está tendido en el suelo. Incluso desde esta distancia, ve el rostro pálido y aterrorizado del chico al retroceder tambaleándose, casi tropezando con sus propios pies. El muchacho se tapa la boca y se limpia algo en la parte delantera de la camisa, mientras los demás también dejan de pelear y levantan la vista. Juana se fija de nuevo en el chico que no se mueve.

Sabe quién es antes incluso de distinguirle la cara. Guillaume: siete años, tres menos que ella. La luz que le calienta la nuca es la misma de antes, pero diferente. Ahora es más cortante, como si fuera la punta afilada de un cuchillo que le roza la piel. Los chicos se apartan para dejarla pasar. Tal vez piensen que ella, al ser una chica, pueda hacer algo para ayudar.

El enemigo se mueve de nuevo: caras desconcertadas

y pálidas que huyen hacia Maxey, donde cerrarán sus filas borgoñonas y no admitirán culpa alguna. Nadie grita ni corre para detenerlos. Mientras ella se acerca a Guillaume, los de Maxey huyen, ágiles como ladrones nocturnos, atajando entre la hierba y las sombras de los árboles.

Cuando llega hasta él, Juana suspira de alivio: está vivo. Luego se arrodilla y es como si se hubiera tragado una de sus propias piedras. Intenta convencerse de que la herida no es tan grave como parece, que de una herida superficial, de un corte limpio, puede manar una sorprendente cantidad de sangre. Ve que Guillaume aún tiene los ojos —del azul grisáceo de un cielo encapotado— abiertos y la mirada clavada en un punto lejano.

Oye a Jacquemin jurar venganza a su espalda y se da la vuelta. No es momento para rencillas de sangre. Ahora es ella quien lanza miradas mordaces y pronuncia órdenes tajantes.

—Pide ayuda —ordena.

Su hermano deja escapar una especie de grito ahogado, como el de un perro al que alguien ha pisado, y echa a correr. Tres de sus secuaces lo siguen. Los que quedan parecen mareados y apartan la mirada; la sangre, supone ella, los asusta. Hay muchísima.

La suya es una aldea pequeña, así que ningún rostro pasa desapercibido durante mucho tiempo. Ha visto a Guillaume sentado en el umbral de su casa mientras su madre se ocupa del huerto, considerado el mejor de Domrémy. Lo ha visto coger al gato gris que su familia tiene para ahuyentar a los ratones y frotar las mejillas, primero una y luego la otra, contra el cuello del animal. Guillaume es pequeño para su edad y el gato debe de pesar demasiado como para cargar con él mucho rato, pero siempre se lo echa al hombro, como si fuera un saco de harina; suele acariciarle las orejas y trata de acunarlo como a un bebé, aunque el gato no se deja. Alguien que

es tan tierno con los animales no puede ser una mala persona, ¿verdad?, piensa. Se arranca una tira de lana de la falda y se la pone en la cabeza al chico. La tela se vuelve oscura al instante, casi negra, y los dedos se le ponen pegajosos. Desde la parte posterior del cráneo de Guillaume hasta la nuca, la hierba está empapada de rojo como si la propia tierra se hubiera teñido, como si alguien hubiera sumergido una franja de verde musgo en una tina de tinte escarlata. Oye un sonido ahogado procedente de la garganta de Guillaume y tiene la sensación de que resuena en la suya. Es como si ambos estuvieran unidos en este breve momento: lo que él siente ella también lo siente, ese aturdimiento vertiginoso y confuso, una náusea cada vez más intensa que no puede vomitar. Se nota las manos frías, después calientes, y luego otra vez frías; arranca un trozo más grande de su vestido y presiona la herida. Para apartar de su mente las náuseas que le produce el olor de la sangre, le dice a Guillaume palabras que sabe vacías antes de que salgan de sus labios. «Es un corte de nada. Aguanta. Ya viene la ayuda.»

Quiere preguntarle a Guillaume cómo ha ocurrido. ¿Ha sido una piedra, un trozo de madera, o solo un puñetazo? ¿El que lo ha hecho tenía un arma escondida? Pero no pregunta. Está pensando, porque sabe que él va a morir: Mi cara no debería ser la última que vea en este mundo. Debería ser la de su madre, la de su padre o la de su hermana. Incluso la del gato. No la mía, alguien a quien apenas conoce.

Tiene la sensación de que está memorizando la imagen del niño, un cuerpo que ha crecido a lo largo de siete tiernos años, que ha pasado de la infancia a la niñez, de los pañales a los pantalones. Sus mejillas aún no han perdido la redondez propia de los bebés. Tiene la piel lisa y probablemente suave, y el pelo le crece en mechones de un tono castaño amarillento, del color del sol en un campo de tierra. Su sangre también parece joven y tiene las

manos apretadas, como si aún estuviera luchando. En ese momento, sin embargo, afloja una de ellas y Juana acerca la suya para cogérsela. Se sorprende al sentir que algo le cae en la palma. Cuando mira hacia abajo, ve piedras: las dos que ella le ha dado y que él nunca ha llegado a arrojar. Cierra la mano con fuerza. Pese a estar luchando contra las lágrimas, quiere preguntar: ¿No se te ha ocurrido usarlas, pedazo de estúpido? Tonto, cobarde. Te había reservado las mejores.

Solo se llevan tres años, aunque las manos de Guillaume no podrían ser más distintas a las de Juana. Sin callos. Sin asperezas. Son las manos de un niño amado que se ha salvado del trabajo duro. El único defecto que percibe: una cicatriz rosada, una fina línea que desciende una pulgada desde la parte superior del dedo gordo. El gato, sospecha. Excepto por la cabeza ensangrentada, es todo lo que un niño debería ser: alguien sano y fuerte. El pánico se apodera de ella durante un momento: teme que sus manos ásperas y grandes le hagan daño, que sus dedos duros y fuertes lo lastimen.

Es consciente del instante en que Guillaume exhala su último aliento: es como un suspiro de decepción porque nadie, aparte de Juana, ha llegado a tiempo para despedirse de él.

Y entonces, de repente, aparecen los hombres y ella se levanta despacio. La empujan hacia atrás para apartarla y dos de los hombres, amigos íntimos de su padre, la miran como si le pasara algo. Creen que se ha hecho daño porque tiene las manos y las muñecas cubiertas de sangre y la falda rasgada y manchada de rojo tras haberse arrojado en la hierba. Preguntan si es Maxey quien se lo ha hecho, como si lo ocurrido aquí fuera obra de todo un pueblo. Pero ella dice que no, que toda la sangre es de Guillaume, y les muestra el trozo de tela que ha usado para intentar detener la hemorragia. Parecen comprender, asienten y no le prestan más atención.

Es el padre de Guillaume, al que han ido a llamar, quien lleva a su hijo de vuelta a Domrémy, junto a su madre, su abuela, su hermana mayor y su gato. La cabeza del niño muerto cae sobre el brazo de su padre, dejando en la hierba un rastro carmesí que parece una serpiente.

Juana es la última en marcharse. Se queda de pie, mirando hacia el cielo, como si esperara que el resplandeciente sol fuese a explicarle lo sucedido. Se da cuenta de que para ella es importante encontrarle sentido. Ha muerto un niño. Y ella ha visto cómo sucedía. ¿Por qué ha muerto?

Cuando se recobra, se da cuenta de que está apretando una mano con fuerza. Se sorprende de lo mucho que le cuesta abrir sus propios dedos, entre los que aún aferra las piedras, ahora devueltas, que ella misma le había pasado antes a Guillaume. Las ha sujetado con tanta fuerza que le han dejado marcas en la palma de la mano, como si fueran pequeñas huellas de pájaros. Tira una de las piedras. Pero la otra, la que tiene el canto afilado, se la guarda como si fuera un premio. Se la mete en el bolsillo. Considera, sorprendida por la calma con la que razona, que si Jacques d'Arc, su padre, hubiera sido el padre de Guillaume, entonces Guillaume habría arrojado las piedras al enemigo para salvarse. Habría usado los puños y probablemente ahora aún estaría vivo.

Su padre les dijo a sus hermanos (mientras ella escuchaba a escondidas): Aquí en Domrémy nunca veremos una gran batalla. ¿Os imagináis una batalla como la de Agincourt o Crécy en estos campos? Nunca en la vida. Y luego se rio, hurgándose los dientes con unas uñas tan sucias que tenían el color de la tierra más negra.

Pero si reflexionamos sobre cómo comienzan las batallas, entonces esta, entre Francia y Borgoña, entre Domrémy y Maxey, entre niños nacidos en pueblos diferentes que luchan a pedradas, empezó hace tres años. Es una historia que todo el mundo conoce, un clásico relato

de venganza: el delfín mandó matar a Juan Sin Miedo cuando este se hallaba en la ciudad de Montereau-Fault-Yonne porque estaba acumulando demasiado poder. Y ahora el hijo de Juan y actual duque de Borgoña, Felipe, dice que no descansará hasta que el delfín esté muerto.

El delfín sigue vivo, pero aquí ha muerto un niño. Así es la guerra, le dijo su tío Durand mientras terminaba de contarle otra de sus historias de batallas. Un día, el mundo está en paz: los asuntos de los reyes solo son el problema de algún linaje antiguo y real que no tiene nada que ver con el pobre campesino que come repollo día sí y día también. Los príncipes se pelean entre ellos, pero la tierra se cultiva, la hierba se corta, las gavillas se atan. Hasta que un día, un guardia aburrido sube la escalera que lleva a las almenas y, asomándose por encima del parapeto, ve un ejército de diez mil hombres que espera su rendición. Un día, el campesino se despierta en la oscuridad de la noche con la punta de una espada apoyada en las costillas. No siempre son los padres y los abuelos los primeros en morir. Un padre que trabaja con el sudor de su frente oye un grito, alguien le dice que acuda rápido y, tras echar a correr, se adentra en un claro como si se adentrara en una pesadilla: allí ve un rostro que conoce desde que nació. Pero el rostro está frío al tacto y ya no volverá a despertar jamás.